

# **Legibilidades, un trabajo sobre el sentido: silencio y discursos en la formación de una dicción sobre la dictadura (ensayo y novela)**

Susana Gómez \*

Universidad Nacional de Córdoba

## **Resumen**

Este trabajo pretende dar a conocer una reflexión sobre el silencio en la literatura postdictadura en Argentina. Consideramos que la novela y el ensayo están creando una nueva dicción que revisa la dictadura, sus representaciones, sus sentidos e imaginarios colectivos. El silencio, tópico a la vez que imposibilidad de hablar, es ahora puesto en evidencia como problema y como cuestionamiento a la doxa subyacente. Los ejemplos tomados en consideración permiten verificar esta hipótesis.

56 57

## **Palabras clave:**

· Discurso postdictatorial · Estrategias discursivas · Literatura argentina

## **Abstract**

This work tries to present a reflection on silence in Literature postdictatorship in Argentina. We considered that the novel and the test are creating a new diction that reviews the dictatorship, its representations, their senses and imaginary groups. Silence, topic simultaneously that impossibility to speak, now is put in evidence like problem and question to doxa underlying. The examples taken in consideration allow verifying this hypothesis.

## **Key words:**

· Postdictatorial discourse · Discursive strategies · Argentine literacy

\* Doctora en Letras, Magíster en Sociosemiótica, es Prof. Adjunta en Teoría Literaria Letras (FFyH-UNC), Co-directora del Programa Nuevos Frutos de las Indias Occidentales (CEA-UNC). Actualmente es becaria postdoctoral de SECyT-UNC sobre los imaginarios sociales postdictatoriales en la ensayística política argentina. Codirige el equipo de investigación: "Políticas discursivas que revisan la dictadura en Argentina", acreditado en SECyT-UNC. Su tesis doctoral, sobre la legibilidad política del ensayo en Latinoamérica, especialmente en J. Cortázar está a la espera de su publicación en 2007.

## Novela y ensayística: el recurso del género

Los años no vienen solos. En un proceso de semiosis por momentos dispar y disonante, el cambio de siglo articula tramos aún no contemplados por el pasado discursivo que atraviesen las redes sociales y resignifiquen el presente. Si considerásemos que es posible constituir un concepto de pasado que sirviese para dar cuenta tanto de la experiencia vivida como de la experiencia inteligida a través de la palabra del otro, siempre en presente, la dicción resulta un derrotero difícil de consensuar socialmente.

Quizá por ello sea que los géneros discursivos permiten, como lo dice Bajtin, sostener en su propia formulación el “tiempo” en que son producidos; así resguardan en sus reglas parte de la necesidad de recordar y dejan al discurrir la posibilidad de expandir un enunciado provisto por la temporalidad más acuciante e insoslayable que requiere la propia palabra para ser pronunciada. Esta ha sido la piedra de toque de la reflexión que presentamos. Si se quiere, puede considerársela como una oportunidad de pensar con el género la problemática de la representación de la temporalidad, ya no de los hechos del pasado llamado “reciente” que la sociedad argentina se está encargando de hacer proliferar. Sin embargo, el propio género también resiste a la imposición de la palabra allí donde hay –hubo– silencio: en tanto un verbo infinitivo definido por un no-hacer, *callar* y un estado, *estar en silencio*, depende del sujeto, alguien, algo *está en silencio*. Comprendido en tanto ausencia, pero también como un señalamiento de lo ilegible o indecible, indicador de un pasado aún no proferido, pero visible y pensable.

Para transferir estas reflexiones, elegimos dos géneros que rindieron tributo a la dificultad de representar el horror de los años de plomo: la novela con su trabajo sobre la ficción y el ensayo con su tarea sobre las lógicas argumentativas que sostienen una dicción interrogadora. Nos preguntamos acerca de la posibilidad de estos textos de transferir productivamente el sentido desde los discursos hacia el corazón de los recuentos epocales, en una artificiosa diacronía marcada por fechas de taxatividad históricamente cuestionable. Luego del 24 de marzo de 1976 y de diciembre de 1983, la etapa de la caída de las instituciones en el verano del 2001 mostró, como un *revival*, las expectativas de una sociedad que otra vez se construiría sobre sus escombros. Tal es nuestra diacronía, asumida como pauta por los discursos sociales del pasado dictatorial y canonizada por los eventos académicos y las publicaciones como la que nos reúne.<sup>1</sup>

Si bien no podemos abarcar la producción literaria de 1998 a 2002, esos cuatro años son el indicador por ahora suficiente para señalar al menos dos proposiciones. La primera es que las políticas discursivas argentinas de la época, tanto las de la socialidad más general como las intelectuales o académicas obviaron un concepto de “pasado reciente” en tanto reunión de los objetos a partir de los cuales la *dictadura* conformase un saber completo. La segunda, complementaria, es que los imaginarios sociales aún constituyéndose en los textos sobre ella siguen requiriendo de una modificación de las reglas discursivas para ser al menos, verosímiles. Tomamos la noción de *imaginario* en Cornelius Castoriadis, relacionada con la necesidad social de constituir un magma de significaciones sociales que de alguna manera aglutine los objetos y los deseos o necesidades en torno a las preguntas fundamentales que dan pie a la proliferación de imaginarios segundos, o al menos aquellos derivados de una actuación simbólica sobre “lo real”. [Castoriadis, 1975

en ed. 1993: p. 197 en ad.] La dictadura pudo motivar tanto el surgimiento de imaginarios sociales nuevos, como en su base es uno solo, radical, universal y reconocible por la historia de las civilizaciones. Pensemos en el campo que articula en torno al ejercicio institucional de silenciar al otro incluido en él, y también cómo da lugar a objetos que nunca se podrán describir del todo, generando con ello su propia prescripción.

A este planteo le agregamos una dificultad: hay, en las tradiciones modernas de los géneros del ensayo y la novela, un conflicto de límites con otras formas de discurso. La novela, con la incorporación del habla de otros a través de la voz que debe *dejar de hablar* para decir, y en el ensayo, con la apertura a los interrogantes *no conclusivos* de la palabra pronunciada, se escriben con la ética que supone la conciencia autoral de ser un escucha de lo social; con ello parecieran garantizar un trabajo sobre la historia que todavía sólo se oye murmurar a la vez que se asume que el discurso no puede, por definición, decirlo todo. La versión de la literatura que opera con los recuerdos se transforma en la cesión de la voz a otras voces que sean capaces de atravesar las fronteras entre los hechos, los discursos y los sentidos en un recorrido de ida y vuelta.

En la novela *Dos veces Junio* de Martín Kohan y en ensayos de Héctor Schmucler, se manifiestan las lógicas de la representación que regularon la formación de discursos *acerca de* la dictadura. Ambos representan que el recuerdo requiere de un acuerdo social verosímil, y que la memoria no es un recipiente de valores de referencia al pasado. Posdictatoriales, los textos incorporan al silencio en su capacidad de ser también una dicción. Lo que no se dijo no logra ser contado o descripto; allí de donde no hubo quién saliera para narrar o argumentar sigue habiendo silencio. Éste se convierte en el ideograma que descubrimos al leer al trasluz estos textos, sólo algunos entre muchos, al reconocer un desplazamiento en la representación que va desde intentar cubrir el vacío generado por el propio régimen de obediencia discursiva del Proceso (el silencio como vacío o bien como ausencia de algo que de todos modos no iba a ser dicho) hacia indicar la imposibilidad de representar aquello que aún no ha sido narrado o mostrado. Silencio dicente, como un signo que señala directamente a su objeto, que lleva a los sentidos o a la memoria de quien los interpreta (Peirce, 965 ed. 1988: p. 160); signo que sabemos no se encuentra en estado puro, sino siempre vinculado a otros signos y a otras contigüidades.

La escritura escarba sobre estas relaciones en pos de establecer el nexo entre las cosas y los recuerdos o la experiencia inteligida, en un proceso dinámico que, una vez absorbidos por los imaginarios colectivos quedan siempre en un estado fantasmático. Pensar y decir *dolor, muerte, tortura, desaparición* traza un recorrido en las praxis sociales vinculadas a los hechos, en la trayectoria de los sujetos actuantes, que modifican las pautas de lectura sobre los acontecimientos dejados atrás pero que siguen presentes. Además, interpelan una doxa que se activa cada vez que ese silencio ingresa en la mente del lector: sus recuerdos, constituidos hoy por esa topicalización “acerca de” la dictadura, ofrecen la contención que el espacio discursivo necesitó para dejar estabilizados aquellos ideogramas que parecían decirlo todo con una sola de estas palabras. En las novelas editadas en los últimos diez años sobre la dictadura, los escritores involucraron un régimen de legibilidad marcado entre otras cosas por la dificultad de ficcionalizar tanto lo no contado como las historias que ya se habían estereotipado: imágenes de la tortura, del encierro, los

hábeas corpus; los *falcon verdes*, los secuestros, son hoy los lugares comunes de la ficción. El ensayo, en cambio, esquivó la fotografía y el argumento testimonial en pos de elaborar una estructura que complejizara las razones esgrimidas y que le diera a ese mismo cronotopo un carácter de verdad social, cuando no colectiva. Sus preguntas, que en los años '60 habían funcionado como propaladoras de las utopías, ahora se organizan en series de argumentos cuyos entimemas quedan sin completar ya que incompleto es el razonamiento que se interroga sobre el alcance y el valor de lo decible.

### ***Dos veces Junio:* silencio en el relato de un recuerdo**

Esta novela, ya reseñada muchas veces y abordada por los críticos desde el momento de su aparición, sigue creando conflictos en el conjunto de textos novelísticos de la época.<sup>2</sup>

*Dos veces Junio* desconcierta por su contrapunto permanente entre voces que hablan o se oyen en un centro –claustrofóbico como lo es un cuartel, con sus anillos de poder y su palabra autoritaria– en el cual el héroe (Bajtín), en la noche en que Argentina pierde con un partido en el Mundial de 1978 debe buscar a su superior médico para preguntarle desde cuándo se puede torturar a un niño.

Esta novela impele a interrogarnos sobre quién habla y quién hace hablar. Con lo cual nos vemos obligados a reconocer en la voz del concripto las voces que no pudieron salir para contar lo inenarrable. No hay cómo narrar estos hechos ‘desde el adentro’, si no es a través de una voz mensajera, capaz de evadir con vida las puertas de los cuarteles donde se concretaba el horror. Con ello aviene la imposibilidad de verosimilizar un orden narrativo estable en una única trama, mostrando un estado de discurso en el cual la sintaxis resulta incompatible con la necesidad de enunciar. La leemos en los fragmentos de un todo que nunca estuvo completo; el ocultamiento de los hechos y el borramiento de las huellas es resultado de la impuesta ilusión de pervivencia de un estado de terror que se esperaba triunfarse y prosperase. El héroe lo sabe y por ello se interroga. Los fragmentos replicados de las noticias sobre el Mundial del '78 no contribuyen a la diégesis, pero no pueden dejar de leerse: enunciación transversal de lo no decible, representación en segundo grado de los vacíos y de lo reprimido en el discurso novelístico, a su vez en un segundo grado con respecto al tiempo transcurrido entre el momento relatado y el presente de escritura.<sup>3</sup> La discursividad aparece cual serie de caídas en el “interior” del texto novelístico, remedo del enunciado nunca dicho en el momento en que transcurren los hechos.

Miguel Dalmaroni rescata un detalle en lo que él considera una “nueva novelística sobre la dictadura” (Dalmaroni, 2004: p. 159), pertinente para nuestra observación: estas novelas no eliden, son ajenas a la alegoría o a la “oblicuidad” de lo que narran. Más que acordar, resulta interesante rescatar el espectro de lo decible, resultante de estrategias casi realistas para narrar (Arán, 2004) a través de estrategias que indican, describen, movilizan al lector en el mismo régimen de obediencia que el héroe de la novela. Entonces, el silencio no justifica la necesidad de una metáfora o de un movimiento para eludir el relato, muestra que allí donde no se narra no hay ojos que ven, voces que hablen posicionadas en el imposible

lugar de enunciación. Con ello, la novela de Kohan prescinde del *testimonio de la víctima* que narra para dejar instalado un recuerdo en la memoria social a la espera de un juicio. Pero de algún modo, el silencio es lo menos ficcional de este relato. Lo interesante ante ello es que el cine sí buscó poner la cámara allí donde no podía/debía estarlo, como en *Garage Olimpo*.<sup>4</sup>

Uno de los cronotopos que articula la novela junto con el *viaje del héroe es la mirada en búsqueda*, ofrecida al lector en el perímetro permitido a la visión del conscripto; en una sujeción como correlato de sí, ve lo que su posición le permite ver, conocer y decir. En un capítulo de la novela, la prisionera que ha dado a luz le habla detrás de la puerta de la celda; el conscripto siente que jalan su pulóver y le piden un favor, pero no quiere oír ni saber ni ver. Lo que ocurre en esos momentos se narra manteniendo ilusoriamente para el lector el escaso espacio entre la puerta y el piso de cemento, del cual sobresalen los dedos que lo tienen sujeto, cara al piso. Pero ella ni tiene nombre ni está descripta, se ficcionaliza la propia imposibilidad de contar. ¿Representación de lo que hasta hoy se puede describir pero no “mostrar”? El ejercicio consiste en traer a colación otras marcas de un héroe cuya ubicuidad le revela como revelador de un secreto: sabe pero no puede saber más, bajo la pena de perder su identidad como conscripto. La épica del héroe moderno arrastra consigo estos motivos que atan una y otra vez los cabos sueltos de los recuerdos *ajenos* que todos podemos asumir como propios.

Si nos atenemos a leer una novela como un archivo verosímil de lugares comunes, ¿cómo leer *Dos veces Junio* dado que nos echa en la cara que los imaginarios que creemos cuestionar aún persisten en instituciones, sujetos e identidades?; ¿no nos coloca acaso como lectores en el mismo régimen de obediencia?

## **Legibilidad social y transferencia de sentido:**

### **“Las exigencias de la memoria”**

El ensayo, género que lleva al límite la ubicuidad del pensamiento a recorrer junto al otro necesario, trabaja también sobre la exigencia de hacerse responsable de lo no decible, pero sí pensable. Allí donde el entimema funciona con su fuerza ilusoriamente reparadora del sentido, deja lugar a la para-doxa, aquella doxa paralela sobre la cual se apoyan muchos de los conceptos con los cuales el pasado deja de ser “reciente” para ser “pasado presente” en la argumentación. Tomamos una muestra de una ensayística que dismantela las certezas, además de cumplir esta tarea como regla genérica implícita, se ocupa de exhibir cómo caen las estanterías arduamente ordenadas en la imaginación racionalista de los años '90.

Publicado en *Punto de Vista* 68, en diciembre de 2000, el texto de Héctor Schmucler ofrece al lector una preocupación que desafía la doxa. ¿En qué consiste la memoria y cuáles son los vínculos desafiantes con la historia? Es la pregunta básica que podríamos reconocer como eje de una argumentación devastadora, creadora de un silencio otra vez significado como un caos de murmullos que se prefiere no escuchar, que se dejan de lado a la manera de las conversaciones de fondo en un bar. Se señala la dificultad de representar acontecimientos dolorosos todavía, a

través de la genealogía de algunas nociones muy recurrentes en los discursos *sobre* la dictadura: *memoria, historia, desaparecidos*. Ellas simplifican la reflexión acerca de lo inenarrable en un camino que no remite directamente a lo ya dicho sino a lo por decir. Un discurso ensayístico centrado en demoler las conclusiones asumidas por la doxa pone al descubierto que ninguna de estas nociones redundaba en una explicación. ¿Es necesaria una demostración de la lógica semiótica que pretendió articular en palabras clave términos que redundaron en una demasía de sentidos?

Ernesto Laclau llama “significantes flotantes” a estos constructos que se saturan de sentido en su circulación por el universo del discurso a tal punto que “articule diferencialmente cadenas discursivas opuestas” (Laclau, 2002: p. 26). Exceso de sentido que puede equivaler a un no decir, ya que redundaba finalmente en un vacío significativo. Schmucler desmantela estos tres conceptos explicando cómo se ha llegado a su vacuidad, son ahora un murmullo que equivale al soslayo de la atención sobre el sentido socialmente enseñado en el discurso portavoz de la memoria oficial. ¿Reproducido para ser olvidado?

*Memoria* ya no es un efecto del paso del tiempo, sino un ejercicio de voluntad por transmitir y “trasladar ciertos recuerdos a través del tiempo” (Schmucler, 2000: p. 5); por lo tanto olvidar supone suspender esa voluntad constitutiva de una elección de los recuerdos. Ofrece, rompiendo un dictamen de la doxa, la posibilidad de pensar recorridos paralelos entre la historia y la memoria, símiles de los trayectos que los individuos realizan por recuerdos diferentes. La historia se autoconstituye en una disciplina que corre por calles separadas a la reconstrucción de lugar de los individuos o los grupos, apoyando en documentos una ilusión de verdad. ¿Qué le cabe a la memoria? En parte, señalar lo que la historia calla.

Lo silenciado en el ensayo manifiesta un diferencial necesario para la legibilidad del texto: aquello que un lector avezado puede reconocer en la frontera inestable del sociograma del totalitarismo. Decir lo no dicho (lo que memoria no es, a pesar de haberse instituido en imaginarios cuya función estratégica es cubrir un gran sobreentendido) involucra a los recuerdos de cada cual, los mismos que el argumento señala como necesarios para cualquier política de la memoria.

La memoria suele recordar acontecimientos que la historia jamás relató. Su familiaridad con lo imaginario social le otorga, más allá de la erudición, un lugar cómodo en la intimidad humana: la memoria suele despreocuparse de la “verdad histórica” registrada en los documentos. A veces, simplemente se desinteresa de la verdad: ella, la memoria, oficia de verdad. (Schmucler, *ibid*: p. 6)

Este fragmento resume buena parte del planteo: ¿acaso la memoria no posee el don de lograr presuponer la completud que la historia infructuosamente busca para verosimilar lo que no logra narrar?, ¿pueden los recuerdos ser transferidos en textos como una novela? Repetimos también la pregunta de Schmucler “¿Cómo fue posible?” ante la evidencia silenciada en las efemérides de cada 24 de marzo.

La verosimilitud del ensayo radica en una permanente salida a los discursos sociales en pos de un acuerdo doxático que dé cuenta de los hechos en el concierto de lo que *ya se ha dicho*. Asumiendo esto, se produce una similaridad con las operaciones discursivas de la novela y que consiste en dejar entrar, no sólo a las voces, sino al silencio que se recorta de las representaciones ya absorbidas por la discursividad epocal (que por enésima vez acuden a la cita) y las que aún no tomaron estado escriturario. En este orden de argumentos, la memoria descubre su disfraz político: Es necesario reconocer un “clima de época” que permita observar la significación

de los acontecimientos. Por ende, lo que revela las razones de lo sucedido no es la memoria, esquema de sentimientos y pura vivencia, ni la historia, conjunto de evidencias documentales, sino los recuerdos, sus recorridos individuales por el cuerpo social del pasado. La política podría pensarse entonces como una gestión de tales recuerdos, estratégicamente atesorados en el cuerpo social.<sup>5</sup>

Desbordado por las evidencias, el lector es sacudido de nuevo al desmontarse el andamiaje conceptual de *desaparecidos*. Como un “crimen ontológico”, es una huella en el cuerpo de la nación (Schmucler, *ibid.*: p. 9), fuera de toda regla o Ley humana. Por ello, puede estar de más hablar. Como en la novela *Dos veces Junio*, en la cual no es necesario considerar si la parturienta muere o desaparece. El recuento de los hechos en la regularidad y recurrencia vuelve sencilla deducción tal dilema.

En otro ensayo que quisiéramos recorrer, editado en la revista *La Intemperie* en 2003, Schmucler se realiza una pregunta complementaria: “Pero, ¿hasta dónde se extiende el pasado reciente?” (*ibid.*: p. 34), y “¿Existe en realidad un punto de llegada?” (*ibid.*: p. 34). Con ello, avanzamos sobre una base nueva revisada también por un conjunto de ensayistas contemporáneos, que parecieran cuestionar la idea de que un pasado necesita ser discursivizado, bajo cualquiera de las formas de la palabra, para constituirse como tal.

Ser dicho para no transformarse en olvido, pero no por ello dejarlo establecido en una totalidad absoluta que lo haya significado completamente. El silencio integra esa completud de la que hablábamos, entonces ya no es necesario narrarlo o argumentarlo o representarlo todo.

Por ende, la pregunta de Schmucler pone en cuestión la idea de un recorrido narrativo por parte de la Historia —una metáfora del camino— que obliga a trazar el mapa entero de un trayecto al encuentro de algo buscado o deseado. Si es así, ¿qué concepto o valor de verdad incorporaríamos en la posible o quizá cercana clausura de lo decible acerca de la dictadura, sus consecuencias?

El ensayo, de Schmucler y de otros, motiva a pensar en una nueva dicción acerca de la dictadura, en la cual la noción de responsabilidad deja de pensar sólo en cubrir los baches de una historia narrada, para hacerse cargo del silencio ante los fantasmas, de personas sí, pero también de una Ley que sancione lo dicho en su carácter de memoria. Recuperando a Castoriadis cuando cita a Aristóteles, el ensayo que hoy está dismantelando las estanterías de los lugares comunes y del imaginario doxático dictatorial, asume que “El alma nunca piensa sin fantasmas” (Castoriadis, 1998).<sup>6</sup>

Aún ante la visibilidad de este silencio de cuerpos que, sin embargo no han muerto, los recuerdos constituyen la razón por la cual se habla. Es la voluntad, en Bajtín un “yo para el otro” definitorio de un acto creador como ético, lo que atesora aquellos sentidos cuyo conocimiento pueda llegar a ser, también personal, intransferible.

## **Verosímil, memoria y recuerdos.**

### **Una tríada en pos de visibilidad**

En *Dos veces Junio*, el héroe transita por una ciudad sometida a un orden impuesto bajo la cubierta de la nacionalidad y regida por una *paternitas* que baja jerárquicamente desde “el Padre de la Patria” a un joven sin recuerdos. Su deambular le dispara en

la vivencia la posibilidad de callar lo poco, escueto pero vital, que logra ver. El estado de cosas posible en el terreno de la novela se dibuja silenciando y ensordeciendo. ¿Cuáles y cómo se organizan los datos de sus recuerdos/signos de una época?, ¿puede leerse la novela en busca del “clima de época” que Kohan monta estratégicamente?, ¿puede el ensayo persuadir de que hay que pensarlo *todo* de nuevo?

Las preguntas nos invaden y empujan al dominio del imaginario, pero no de la imaginación; hay silencio y ese silencio es en sí, tan colectivo como los imaginarios en torno a la dictadura. Junto a ello, se representa también lo no narrable todavía por no haberse constituido el régimen de legibilidad social que asegure la vivencia de lo leído.

Podríamos aventurar como hipótesis que los imaginarios sociales vigentes dejan en claro por ahora que el silencio, el vacío y la huella deben ser interrogantes colectivos para comprender por qué se demora dos décadas para comenzar a narrar en detalle lo ya que sabemos sucedió. Por eso, recuperamos la idea de que un imaginario social o colectivo involucra un objeto cuya ontología es, ante todo, política y más evidente lo es el carácter identitario que toma este concepto al establecerse en la elaboración de estas representaciones. Dice Bronislaw Bazcko: “Las ciencias humanísticas ponían en evidencia que el poder, particularmente el poder político, se rodea de representaciones colectivas y que, para él, el ámbito del imaginario y de lo simbólico es un lugar estratégico de una importancia capital.” (Bazcko, 1999: p. 12).

Nuestras preguntas, por lo tanto, involucran nuestras propias construcciones imaginarias, cuyas circunstancias fundadoras no son reconocidas al momento de ser activadas en los discursos *sobre, acerca de* la dictadura. En la novela y en el ensayo que pretendimos leer juntos, la inquietud de las voces que resuenan en los textos se articula con la necesidad de desmontar estas representaciones por lo que no dijeron o no dejaron oír. La “irresuelta verdad” entre la historia y los hechos políticos (Schmucler, *ibid*: p. 5) es la tarea del concripto para conseguir una respuesta a algo que sabe inaceptable e impensable pero que, ante la evidencia de su ser en el mundo, se le antoja razón suficiente para su cotidianeidad. La novela acaba con su relato diferido en que los muertos le hablan en sueños; el ensayo termina con un axioma sobre el trabajo de la memoria como una “marca con la cual tenemos que vivir.” (Schmucler: *ibid*: p. 9). En ambos, el cronotopo de la búsqueda se resignifica con la sobrevivencia de la voluntad para transmitir los recuerdos.

## Notas

<sup>1</sup> Este artículo es una versión ampliada de una ponencia leída en el Foro de Literatura y Cultura Argentinas, Cátedra de Literatura Argentina III, Letras, FFyH-UNC, agosto de 2005.

<sup>2</sup> MARÍA TERESA GRAMUGLIO, en Punto de Vista 25/74, diciembre de 2002; MIGUEL DALMARONI en *La palabra justa*, Bs. As., Melusina, 2004 y varios trabajos de PAMPA ARÁN p.e. en ROMANO SUED, S. Y ARÁN, P. (ed), *Los '90. Otras indagaciones*, Córdoba, Epoké edic., 2005.



<sup>3</sup> En el capítulo “Cero uno”, el texto pone en boca del Dr. Mesiano “que a la historia era inútil pensarla desde meras suposiciones: lo que importaba era lo que efectivamente había pasado y no lo que podría haber pasado o lo que debería haber pasado...” (VI:77). Los fragmentos llevan a pensar que el todo es inalcanzable, una posibilidad vedada aún a la narrativa.

<sup>4</sup> Otra novela, *La mujer en cuestión* de M. TERESA ANDRUETTO, tampoco se ubica en el testimonio, pero comparte con *El secreto y las voces* de CARLOS GAMERRO y con *Tres mosqueteros* de MARCELO BIRMAJER el relato de reconstrucción que se realiza a través de la doble actorialización del héroe como escritor o periodista que debe, además, volver los pasos sobre su vida. En ambas novelas, el silencio es representación de la historia por otros no contada, callada colectivamente en una comunidad. El pueblo de Malihuel en la novela de Gamerro y los judíos del Once en la de Birmajer, a su vez tematizan la fragmentación de los imaginarios en torno al silencio en la sociedad argentina: un pueblo pequeño con infierno grande convertido en tabú y el señalamiento al absurdo de ser judío pero también montonero, judío aunque troskista, para morir antes que el padre y con ello silenciarlo.

<sup>5</sup> Son muy interesantes las notas al pie de este ensayo porque, sin declararlo, trabaja sobre los discursos. La palabra “dictadura”, la encarnación del hijo por las Madres de Plaza de Mayo en los sueños utópicos por renovar, ejercen el rol de ejemplo demostrativo pero a la vez abre al lector la necesidad de hilar fino sobre lo que se deja pasar, lo que se ve de reojo y no se dice.

<sup>6</sup> En mi investigación actual trabajo para esclarecer estos temas en la ensayística que revisa la dictadura, tomando libros de ensayos editados en los últimos cinco años y recuperando textos de hace diez. El imaginario del pasado, punto central en Schmucler, lo es también en otros intelectuales de su generación, o un poco más jóvenes. Es interesante observar los reenvíos interdiscursivos entre ellos y el discurso social argentino ya que, en la brecha que marca esta relación, el silencio se deja ver como una operación de la doxa en el magma de los imaginarios sociales instituyentes.

### Bibliografía

- BAJTIN, M.: (1997) *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores*, Anthropos, Barcelona.
- BAZCKO, B.: (2002) *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- CASTORIADIS, C.: (1998) *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*, Eudeba, Buenos Aires.
- LACLAU, E.: (2000) *Misticismo, retórica y política*, FCE, Buenos Aires.
- KOHAN, M.: (2002) *Dos veces Junio*, Sudamericana, Buenos Aires.
- SCHMUCLER, H.: (2000) “Las exigencias de la memoria” en *Punto de Vista* N° 68, diciembre de 2000, Buenos Aires, páginas 5 a 9 y “El lugar de la memoria en el imaginario político”, en *La intemperie* N° 3, Córdoba, agosto de 2003.